

Repasar la biografía deportiva de **Luis Felipe Areta** (Teo 78 PhD 79) es asomarse a la vez a la historia reciente del atletismo. En 1960, cuando tenía 18 años, participó en las Olimpiadas de Roma, en las pruebas de salto de longitud y triple salto. Estuvo también en las citas de Tokio (1964) y México (1968), donde asistió al mayor festival de récords que ha tenido lugar en una competición olímpica. Convivió con atletas legendarios, fue aplaudido en estadios de varios continentes, acumuló decenas de medallas y de trofeos, y estableció récords que permanecieron imbatidos durante años. En 1980 se ordenó sacerdote y hoy vive en Bilbao, donde ha seguido con interés y cierta nostalgia las Olimpiadas de Pekín.

JAVIER MARRODÁN (COM 89, PhD 00)



Luis Felipe

Areta (Teo 78 PhD 79)

“Las Olimpiadas son un espejo de lo que ocurre en el mundo”



Luis Felipe Areta en los tiempos del Atlético San Sebastián. En su primer salto triple batió el récord provincial.

¿Había antecedentes deportivos en su familia?

Mi hermano había jugado a balonmano y fue campeón de España con el Esperanza. Yo empecé con el fútbol, en los campeonatos playeros de La Concha, en San Sebastián. Me fichó la Real Sociedad, pero me tiraba más el baloncesto. Fundamos un equipo que se llamó Club Cantábrico, aunque luego le cambiamos el nombre por el de Club Atlético San Sebastián. Hace muy poco ha celebrado su cincuentenario.

¿Cómo llegó al atletismo?

En el verano de 1957 se creó la sección de atletismo y yo participé en dos pruebas de salto de longitud. Tenía quince años y salté 5,93. Pero lo que se me daba bien era el baloncesto. Tanto, que me preseleccionaron para los Juegos Escolares Europeos. Aquello equivalía a formar parte de la selección española juvenil, con jugadores como **Lolo Sáiz** o **Carlos Sevillano**. Fue entonces cuando **José Antonio Gasca**, el responsable del club, me propuso que probara con el triple salto. El primer día hice 13,51 y batí el récord junior de Guipúzcoa. Participé poco después en los Campeonatos de España Juveniles, que se celebraron en Oviedo. Quedé primero en longitud y segundo en triple, detrás de un chico de Vitoria que se apellidaba **Aramburu**. Al final me dijeron que era mejor que dejase la concentración de baloncesto.

¿Cuál fue su primera competición internacional?

En 1958 participé en los Juegos Escolares Europeos, que se celebraron en Lovaina, coincidiendo con la Expo de Bruselas. Yo tenía 16 años y gané en triple en salto. Después de aquello, el Comité Olímpico Español me ofreció la posibilidad de ir a Madrid, a vivir en la Residencia Moscardó, donde habían ido reuniendo a toda una serie de deportistas jóvenes con el fin de prepararlos para la Olimpiada que se celebraría en Roma en 1960.

Y fue.

Sí. La posibilidad de ir a Roma me hizo gran ilusión. Hasta entonces, casi todo lo que yo conocía de las Olimpiadas se debía a la película *Cita en Melbourne*. Era un ambiente fascinante, muy atractivo para un chaval. A mis padres les pareció bien y me fui a Madrid. A la vez que me preparaba deportivamente hice el Preu en el instituto Ramiro de Maeztu. Era el curso 58/59.

¿Mejoró sus marcas?

Mucho. Al llegar a Madrid estaba en 13,51 y poco antes de la Olimpiada ya había saltado 15,04. Batí varias veces el récord de España, que estaba en 14,48. También superé el récord absoluto de longitud, con 7,40.

Y se plantó en los Juegos Olímpicos de Roma con 18

años.

En atletismo, los más jóvenes éramos el ruso **Valery Brummel** y yo. Los dos teníamos 18 años. Él quedó segundo en salto de altura y poco después batió el récord del mundo. Llegó a saltar 2,28.

¿Qué recuerda del ambiente?

Lo viví todo con una ilusión enorme. La delegación española la formábamos unas docenas de personas, entre deportistas y directivos. Llegamos en un vuelo charter y desfilamos con nuestros uniformes de gala. Me impresionó coincidir con atletas destacados de la época. Recuerdo que nada más entrar al comedor internacional descubrí al brasileño **Ferreira da Silva**, que había ganado en las Olimpiadas de Helsinki y en Melbourne. Estaba también **Don Bragg**, que se llevó el oro en salto con pértiga, y a quien habían propuesto, según se decía, hacer de Tarzán en una película. O **Harold Connolly**, campeón de martillo. Los españoles compartimos entrenamientos con los norteamericanos y los rusos. Yo era apenas un pardillo, pero tuve la suerte de prepararme junto a atletas como **Ralph Boston**, que acababa de hacer 8,21 en longitud, batiendo así el récord legendario de **Jesse Owens**, inalcanzado desde 1935. Compartí la habitación con **Miguel de la Quadra Salcedo**, que participaba en la prueba de lanzamiento de disco. Tiempo antes, él y **Félix Erausquin** había tratado de competir en jabalina con un método inspirado en la modalidad de la barra vasca. Lanzaban muchísimo más que con el sistema tradi-





Durante un entrenamiento. Cuando fue a la Olimpiada de Roma justamente había cumplido los 18 años.

cional, pero el método no fue homologado.

En aquellas Olimpiadas debutaron Abebe Bikila y Mohamed Ali.

Abebe Bikila ganó el maratón corriendo descalzo. A **Mohamed Ali** no lo conocía aún casi nadie, era un *amateur*. Obtuvo el oro en peso ligero. Además, en una Olimpiada, el núcleo principal es siempre el atletismo. España obtuvo únicamente una medalla de bronce en hockey hierba masculino.

¿Cómo le fue a usted?

No pasé la calificación. En los saltos se pide una marca mínima para acceder a la fase final. Suele ser una criba bastante fuerte. Hice 14,93 en triple y 7,04 en longitud. Quedé más o menos por la mitad.

En Tokio 64 le fue bastante mejor...

Desde luego. Quedé sexto en longitud y obtuve diploma olímpico.

¿Qué recuerda de aquellas Olimpiadas?

Fueron todo un acontecimiento. Hay un cierto paralelismo con lo de este año en Pekín, ya que Tokio también aprovechó la cita olímpica para darse a conocer al mundo entero. Japón había quedado muy maltrecho después de la II Guerra Mundial y estaba iniciando su despegue. En el aspecto tecnológico, ya se veía que eran muy superiores. Los taxis, por ejemplo, llevaban un pequeño televisor. Para la villa olímpica se aprovecharon unas viviendas que se habían construido con el fin de alojar a los oficiales

norteamericanos al acabar la guerra. Íbamos en bicicleta de un lado a otro.

El propio viaje sería una aventura.

Hicimos escalas en Teherán, Karachi, Calcuta y Bangkok. Entonces se viajaba muy poco. El recibimiento fue apoteósico. Y lo que más nos llamó la atención fue que todos eran japoneses. Esto puede parecer una peregrinación, pero nos causó una gran impresión descubrir una realidad tan distinta a la nuestra. Ellos también nos miraban con expectación. Nos pedían autógrafos los niños y las personas mayores.

¿Cómo fue su participación?

Llegué con 16,16 en triple y 7,77 en longitud. En triple que-

dé eliminado en un plis-plas. Se podría hacer mucha literatura sobre los cuatro años de preparación, pero lo cierto es que hice un primer salto de 15,41 con mucho viento en contra, un segundo que fue nulo y un tercero en el que ni siquiera terminé la carrera. La marca mínima que se exigía era 15,80. A los dos o tres días fue la prueba de longitud. Amaneció un día lluvioso y sólo cuatro atletas superaron la marca mínima de 7,60. Yo hice 7,46 y fui repescado para la final. Estábamos doce saltadores y casi todos tenían mejor marca que yo. Varios había superado en los meses anteriores los ocho metros. La pista estaba llena de agua, muy blanda, y yo salté 7,34. Quedé el sexto. Fue importante porque España siempre había tenido resultados muy pobres en atletismo.

¿Conserva amigos de entonces?

El ambiente era muy bueno, pero no daba tiempo a que las amistades acabaran de fraguar. Con algunos atletas seguía coincidiendo en otras competiciones internacionales. Treinta años después de Tokio, un equipo de televisión entrevistó a **Ralph Boston**, que fue récord del mundo en longitud, con 8,35. Eran periodistas españoles. Uno de ellos me contó después que **Boston** les había preguntado a ver qué sabían de mí. El sufrimiento y la competitividad unen mucho.



TOKYO 1964

México, 1968.

Eran las primeras Olimpiadas en un país iberoamericano. Fue un año complicado: la primavera de Praga, el mayo francés del 68, el asesinato de **Bob Kennedy**, la masacre en las plaza de las Tres Culturas... Y lo que ocurre en el mundo influye en el deporte, qué duda cabe.

Fue la Olimpiada del "Black Power", con los norteamericanos Tommy Smith y John Carlos, oro y plata en 200 metros, descalzos y con un guante negro sobre el podio.

Protestaban contra la discriminación racial. Para nosotros fue una anécdota. No acabábamos de entender que mezclasen aquello con el deporte. En el fondo, las Olimpiadas son un espejo de lo que ocurre en el mundo. Se organizan como un evento del que la humanidad tendría que sentirse orgullosa, como una fiesta de la humanidad. Pero esa fiesta no está por encima del bien y del mal. México, con todo, fue un festival maravilloso de récords.

Jim Hines bajó por primera vez de los diez segundos en los cien metros lisos.

Fue una gozada. En las pruebas cortas, las más explosivas, la altura se notó mucho, para mejor. En cambio, a partir de los 800 metros, resultaba perjudicial. Se batieron muchísimos récords. **Ignacio Sola** hizo récord olímpico en pértiga con 5,20 al empezar la prue-

ba, y después terminó noveno. En triple salto yo pasé el corte, pero me lesioné justo antes de la final: me apareció un dolor en el tobillo y acabé cojo. Luego se comprobó que tenía suelta una esquirla de hueso. El récord del mundo estaba entonces en 17,03 y se batió cinco veces en apenas dos días. **Saneyev** lo dejó finalmente en 17,39. Varios atletas pasaron de 17 metros. Yo también tendría que haberlo hecho...

Y entre todos los récords, el de Bob Beamon.

—Yo estaba medio cojo y aquel día me quedé en la villa olímpica. Lo vi por televisión. El récord de salto de longitud estaba en 8,35 y él saltó 8,90. Fue increíble. **Beamon** era un tipo irregular, que hacía nulos frecuentes y que se había clasificado por los pelos. Hizo una parábola muy alta, parecía que se iba a desequilibrar, pero echó los pies hacia delante y voló de una manera espectacular. Fueron a medir y el medidor no llegaba. Tuvieron que sacar una cinta métrica y después otra. ¡Ocho metros y noventa centímetros! Era algo

impensable, algo así como

rebajar en dos décimas el récord de los cien metros.

Fue lo más destacado de la Olimpiada. Hasta 1991

no se mejoró esa marca, cuando **Mike Powell** la batió en Tokio.

En México apareció también Dick Fosbury, con un nuevo estilo en salto de altura.

Fue muy novedoso. Creo que hizo 2,24. Hasta entonces, el





En 1963 recibió el premio Mejor Deportista del Año 1963. El acto de entrega tuvo lugar en Barcelona.

único estilo era el rodillo ventral. **Fosbury** descubrió una manera nueva de saltar que permitía llegar con más velocidad y aprovechar mejor la inercia en la batida.

¿Qué ha cambiado entre el atletismo que se practicaba entonces y el de la actualidad?

Nosotros entrenábamos dos o tres horas. Ahora hay una dedicación absoluta. Todo está superestudiado: hay muchos avances que se han puesto al servicio de los deportistas. Se le da mucha importancia a la dietética, el descanso está muy medido, las pesas se trabajan de otra forma, todo se hace con gran prudencia... En cambio, creo que se ha perdido el ambiente de amistad que había en nuestra época.

Cuando a la vuelta de los años usted se ordenó sacerdote —en 1980—, muchos de sus compañeros de competición se quedarían sorprendidos.

Fue una sorpresa relativa. Yo era del Opus Dei desde octubre de 1959. Había conocido la Obra aquel mismo año, en mayo, cuando el *recordman* de España de cien metros me invitó a un centro llamado Serrano que se encontraba en la calle Padilla, y que ya no existe. Allí encontré un ambiente alegre, atractivo. La gente era cariñosa, rezaba y estudiaba de verdad. Me gustó mucho. A la vuelta del verano y de las competiciones de atletismo, el 28 de octubre de 1959, pedí la admisión en el Opus Dei. Tres días antes había batido el récord de España absoluto, con 14,54.

No pregoné mi pertenencia al Opus Dei, pero nunca la oculté. Por eso decía que lo de mi ordenación fue una sorpresa relativa: no obedeció a una conversión fulgurante ni a nada de ese estilo. Es verdad que tiempo atrás yo no pensaba ser sacerdote, pero era consciente de que en la Iglesia hacían falta sacerdotes, y de que yo estaba en condiciones. Fue un cambio de vida, indudablemente.

El Opus Dei propone santificar el trabajo profesional y las circunstancias de la vida ordinaria. ¿Alguna vez el fundador de la Obra le dijo algo sobre cómo aplicar ese espíritu al deporte de alta competición?

El mejor tesoro que guardo de aquellos años de competición son las ocasiones en las que



Luis Felipe Areta en la actualidad. La foto fue tomada durante un homenaje que le tributó la Federación de Atletismo de Guipúzcoa.

pude estar con **San Josemaría**. Le regalé algunos de los trofeos que había conseguido y siempre comprobé su inmenso cariño de Padre. Era verdaderamente Padre, mucho más de lo que uno se podía imaginar. Estaba pendiente de todo. Una vez me vio en televisión, compitiendo en Milán. Había batido el récord de España de triple salto y me propusieron correr los cien metros, una prueba para la que yo no estaba preparado. Salí muy bien y fui en cabeza hasta los 50-60 metros, pero después me pasaron cua-

tro corredores. Esa fue la prueba que vio **San Josemaría**. Cuando después estuve con él, me dijo que se había quedado un poco preocupado —no fue ésa la palabra— por cómo me habría sentido yo después de aquella carrera. En realidad, yo estaba muy contento por haber batido el récord de triple.

¿Le dio algún consejo concreto?

Él hablaba mucho de espíritu deportivo, de comenzar y recomenzar. Decía que el deporte es una lucha alegre. Y es así.

Lo peor para un atleta no son las privaciones o el sacrificio que puedan suponer los entrenamientos, lo peor es estar lesionado y no poder entrenar. Yo le comenté una vez que tenía la ilusión de hacer un buen papel en las Olimpiadas de Tokio, y él me dijo que me preparase al mismo tiempo para el salto final. Y añadió: “Aunque eso ocurrirá dentro de noventa años”. Otra vez fui a regalarle una medalla de oro que había ganado en los Juegos del Mediterráneo. Estaban con él don **Álvaro del Portillo** y don **Florencio Sánchez Bella**. Yo le conté algo de la competición y el Padre me dijo que en esos segundos de concentración, justo antes de iniciar la carrera para el salto, cuando te estás jugando tantas cosas, tenía que pensar siempre que Dios me estaba sonriendo. Luego le he dado vueltas a aquel consejo y he llegado a la conclusión de que eso es lo que vale. Si te sale bien el salto, se lo ofrescas a Dios. Y si te sale mal, Dios te sigue sonriendo. Creo que esto es aplicable a todo.

¿Les contaba algo de esto a sus compañeros de competición?

A algunos sí. A un amigo que corría en 400 metros le animé a que se confesara. Él lo hizo y después me contó que el sacerdote le había puesto como penitencia que ofreciera la carrera. Ganó la prueba y batió el récord de España. Yo le busqué y le dije: “Te habrás acordado de ofrecerlo”. Él me explicó que cuando estaba ya preparado para tomar la salida, le había dicho a Jesús: “Ésta va por ti”.



Luis Felipe Areta (arriba, el primero por la izquierda) fue uno de los promotores del deporte en el campus. En el primer equipo de baloncesto aparecen junto a él (arriba, desde la izquierda) Luis Conde, José María Morellón, Alfredo Cifrián, Salvador Bernal y José Luis Minondo. Y agachados, también desde la izquierda, Miguel González Fontana, Javier Arregui, Ramón Pi, Pablo Dúo y Ángel Ruiz de Erenchun.

Recuerdos del campus

Luis Felipe Areta pasó por la Universidad de Navarra en dos ocasiones. La primera fue en el curso 1960-1961. Había hecho el Preu en el Ramiro de Maeztu y había completado un curso de Económicas en Madrid, pero optó por empezar Filosofía y Letras en Pamplona. El Estudio General de Navarra acababa de ser erigido como universidad y justamente habían empezado las obras del Edificio Central. Las clases aún se impartían en el Museo de Navarra, junto a la Cuesta de Santo Domingo, en el Casco

Viejo de la ciudad. Compartió aula con **Iñaki Gabilondo** o **Rafael Alvira**, que también procedía del **Ramiro de Maeztu**. Con **Manolo Pelayo**, **Fausto Morell** y algún otro alumno de buena voz formó un quinteto que encadenó varias actuaciones muy celebradas. "Nos lo pasábamos pipa", asegura. Cuando **San Josemaría Escrivá** fue nombrado hijo adoptivo de Pamplona, **Luis Felipe Areta** llegó a cantar el "Only You" de los Platters en un festejo que se celebró en la Plaza del Castillo. Entre los profesores

de entonces recuerda a **Leonado Polo** (Fundamentos de Filosofía), **Luis Miguel Enciso** (Latín), **Antonio Fontán** (Latín) o **Fernando González Ollé** (Lengua). En aquellos meses trató además de fomentar el deporte en la joven Universidad de Navarra. Con la ayuda de **Juan Antonio Paniagua**, entonces secretario general, se organizó un equipo de baloncesto. En 1961 dejó la Universidad de Navarra, pero volvió en 1978 para realizar la licenciatura y el doctorado en Teología, antes de ordenarse sacerdote.